

PLIEGO

Vida Nueva
3.028. 18-24
MARZO DE 2017

Hacia una conversión ecológica con *Laudato si'*

JOSÉ EIZAGUIRRE
Escritor y divulgador



El deterioro social y medioambiental que sufre nuestro planeta por la irresponsabilidad humana reclama una profunda transformación de nuestros hábitos de vida. Como consumidores, como ciudadanos y como cristianos. Porque hay que cambiar la manera de pensar y de actuar, pero también las actitudes y la espiritualidad. Con la ayuda de la encíclica *Laudato si'*, aprovechemos este tiempo de Cuaresma para emprender la “conversión ecológica” que nos pide el papa Francisco y hacer de la “casa común” un hogar más justo y habitable para todos.

Con la encíclica *Laudato si'*, el papa Francisco ha acertado a poner sobre la mesa de los católicos –y de todas las personas de buena voluntad– una cuestión que llevaba décadas planteándose: el cuidado de nuestra casa común. Un grito de la tierra que guarda una estrecha relación con el grito de los pobres, que son los que más sufren las consecuencias de la degradación medioambiental. Un doble grito que brota de un mismo dolor, causado por un sistema de producción y consumo depredador, que ha puesto en el centro el beneficio económico en lugar de la defensa de la vida.

Llevamos tiempo sabiendo esto. Y, sin embargo, no acabamos de reaccionar. Como consumidores, participamos de este sistema económico que sabemos que está siendo tan negativo para otras personas y para el medio ambiente. Sabemos que con nuestra manera de vivir estamos causando daño y sufrimiento, pero nos cuesta cambiar, tenemos ya la vida organizada, con lo que no encontramos apenas margen de maniobra. Nos parecemos a aquel que estaba subido sobre la espalda de otro y le decía: “Ya sé que estoy siendo una carga para ti, pero compréndelo, me cuesta bajarme, estoy cómodo así, no tengo tiempo de pensar en otras cosas, no sabría vivir de otra manera...”.

No sabríamos, pero necesitamos aprender a vivir de otra manera. Y, antes de eso, necesitamos aprender a mirar el mundo de otra manera,

a pensar, a concebir a Dios, incluso a rezar de otra manera. La encíclica *Laudato si'* viene en nuestra ayuda, proponiéndonos una *conversión ecológica* que brota de dentro afuera, con tal que nos pongamos en actitud de conversión. He aquí algunas sugerencias que pueden servirnos.

Ser conscientes de la gravedad de la situación

El papa Francisco recoge en el primer capítulo de la encíclica la preocupación de la comunidad científica mundial: “Hay un consenso científico muy consistente que indica que nos encontramos ante un preocupante calentamiento del sistema climático” (LS 23). “Si la actual tendencia continúa, este siglo podría ser testigo de cambios climáticos inauditos y de una destrucción sin precedentes de los ecosistemas, con graves consecuencias para todos nosotros” (24). “El cambio climático es un problema global con graves dimensiones ambientales, sociales, económicas, distributivas y políticas, y plantea uno de los principales desafíos actuales para la humanidad” (25). El recorrido del capítulo 1 en torno a “Lo que le está pasando a nuestra casa común” incluye la cuestión del agua, la contaminación, la pérdida de biodiversidad, el deterioro de la calidad de la vida humana y la degradación social, estrechamente vinculada a la degradación medioambiental. “La tierra, nuestra casa, parece convertirse cada vez más en un inmenso depósito de porquería” (21).

Son palabras contundentes. Lo primero, por tanto, es ser conscientes de que nos encontramos como humanidad ante un problema de extrema gravedad. No hace falta tener muchos datos, “basta mirar la realidad con sinceridad para ver que hay un gran deterioro de nuestra casa común” (61). “Las predicciones catastróficas ya no pueden ser miradas con desprecio e ironía. A las próximas generaciones podríamos dejarles demasiados escombros, desiertos y suciedad. El ritmo de consumo, de desperdicio y de alteración del medio ambiente ha superado las posibilidades del planeta, de tal manera que el estilo de vida actual, por ser insostenible, solo puede terminar en catástrofes, como de hecho ya está ocurriendo periódicamente en diversas regiones” (161).

Ciertamente, la cuestión medioambiental ya no puede ser mirada “con desprecio e ironía”, como una obsesión desmedida de los ecologistas. Se trata, probablemente, del mayor reto al que la humanidad se ha enfrentado nunca: garantizar decentemente la diversidad de la vida sobre la superficie de la tierra. Se nos ha confiado un planeta precioso y debemos preservarlo para transmitirlo a las siguientes generaciones al menos en las mismas condiciones en las que lo hemos recibido, pues los que vendrán después que nuestra generación tienen el mismo derecho que nosotros a disfrutar del aire, de los ríos, de los bosques, de los océanos, en definitiva, de la maravilla que es nuestra casa común. No solo es una cuestión de sentido común y de supervivencia; también lo es de justicia.

Ser conscientes de las causas de esta situación

El segundo capítulo de la encíclica *Laudato si'* –“El Evangelio de la Creación”– hace un recorrido por la Sagrada Escritura en lo que tiene que ver con el cuidado de nuestra casa común, de ese jardín maravilloso que el Creador confió al ser humano “para que lo cuidara y lo labrara” (cf. Gn 2, 15). A lo largo del capítulo tercero, el papa Francisco desenmascara lo que él denomina el “paradigma tecnocrático dominante”, que es más que una forma de utilizar la

tecnología; es una manera de pensar y de vivir. “Hay un modo de entender la vida y la acción humana que se ha desviado y que contradice la realidad hasta dañarla” (101). En lugar de considerarnos parte integrante de la naturaleza, plegados a sus posibilidades, la hemos tomado como una mera fuente de explotación para nuestro beneficio, en particular para el beneficio material. Aquí Francisco retoma lo ya expuesto en la exhortación *Evangelii gaudium*: “Esa economía mata” (EG 53), porque hemos puesto en el centro el beneficio económico, en lugar del cuidado de la vida. Y no pensemos que esto atañe únicamente a quienes detentan el poder económico o político, a los grandes empresarios que explotan sin escrúpulos a las personas y al medio ambiente para obtener más ganancias económicas. Sin darnos mucha cuenta, como consumidores también participamos de esta mentalidad. Cuando, pudiendo comprar un producto elaborado con criterios de justicia y sostenibilidad, preferimos otro más barato, ¿no estamos poniendo primero el criterio económico? Cuando, pudiendo comprar alimentos saludables, preferimos comida barata por una cuestión de precio, ¿no estamos poniendo en primer lugar el criterio del beneficio económico en lugar del cuidado de nuestra propia vida y de la tierra? “Quienes no lo afirman con palabras lo sostienen con los hechos, cuando no parece

preocuparles una justa dimensión de la producción, una mejor distribución de la riqueza, un cuidado responsable del ambiente o los derechos de las generaciones futuras. Con sus comportamientos expresan que el objetivo de maximizar los beneficios es suficiente” (109).

Como el Papa reconoce, “un antropocentrismo desviado da lugar a un estilo de vida desviado” (122). Nuestra desviada mentalidad de maximizar el beneficio económico está dando lugar a una manera de vivir desviada. Por eso, lo primero, después de ser conscientes de la gravedad de la situación, es tomar conciencia de las causas de esta situación y reconocer que somos parte del problema. No ha sido maldad, no hemos querido causar daño a nadie, pero lo cierto es que con nuestra inconsciente manera de vivir lo estamos causando. Las palabras de Pablo en el areópago de Atenas pueden resonarnos hoy directamente: “Dios pasa por alto aquellos tiempos de ignorancia, pero ahora anuncia en todas partes y a todos los hombres que se conviertan” (Hch 17, 30).

Convertir la manera de pensar

Aunque no nos demos cuenta, nuestra mentalidad, inserta en el marco de la cultura en que vivimos, nos configura e influye decisivamente en la manera como miramos la realidad y actuamos. “Una estrategia de cambio real exige repensar la totalidad de los procesos, ya que no

basta con incluir consideraciones ecológicas superficiales mientras no se cuestione la lógica subyacente en la cultura actual” (197). Empezar por ser conscientes de nuestra “lógica subyacente” es más importante de lo que parece, pues “si se quiere conseguir cambios profundos, hay que tener presente que los paradigmas de pensamiento realmente influyen en los comportamientos” (215).

Sí, ¿cómo nos condicionan nuestros “paradigmas de pensamiento”? He aquí, por ejemplo, algunos razonamientos que suelen escucharse al hablar de estas cosas: “Los pobres no se pueden permitir comprar productos ecológicos. Si todos cambiáramos nuestra manera de vivir, la sociedad de consumo se colapsaría. Si dejamos de comprar ropa hecha en los países pobres y explotados, esa gente se quedaría sin trabajo. No porque yo renuncie a determinado producto se va a dejar de producir. ¿De qué sirve que yo cambie si eso no va a cambiar el mundo? Si no cambian las leyes, es inútil todo cambio personal. No está claro que el cambio climático se deba a la acción humana; hay muchos intereses detrás de esa afirmación. No podemos saber realmente lo que hay detrás de todo. Cambiar el mundo es muy complicado; no podemos hacer nada...”.

En todas estas afirmaciones hay parte de verdad y, normalmente, buena intención. Pero no podemos permitir que estas dudas razonables



HACIA UNA CONVERSIÓN ECOLÓGICA CON LAUDATO SI'

nos paralicen; el asunto es tan grave que tenemos el deber de buscar respuestas igualmente razonables. Y esa búsqueda supone dedicar tiempo a informarnos y formarnos (tiempo, por ejemplo, para leer despacio la encíclica *Laudato si'*, si aún no lo hemos hecho). Aunque de momento no encontremos respuestas a nuestras preguntas, el hacémoslas ya supone un primer paso decisivo.

Convertir las actitudes y la espiritualidad

Como apunta el papa Francisco citando a los obispos australianos, “debemos examinar nuestras vidas y reconocer de qué modo ofendemos a la creación de Dios con nuestras acciones y nuestra incapacidad de actuar. Debemos hacer la experiencia de una conversión, de un cambio del corazón” (218). Se trata, por tanto, de “cambiar desde adentro” (218). Como diría san Pablo, ya puedo ser yo la persona más ecológica del mundo que “si no tengo amor, de nada me sirve”. Ir directamente al “recetario de acciones” sin haber convertido el corazón, la sensibilidad, la compasión, sin “atrevernos a convertir en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo” (19), está bien y el planeta nos lo agradecerá. Será un comportamiento correcto, pero débil, que en cualquier momento podrá abandonarse, pues no estará construido sobre roca.

Con frecuencia constatamos cómo la mera información no nos cambia; lo que nos cambia es lo que brota de dentro, lo que nos toca el corazón. En el documental *Una verdad incómoda* (min. 66), Al Gore cuenta una desgarradora experiencia de su infancia:

“Mi padre tenía un rancho en el interior del país. No recuerdo la época –yo era un niño– en la que el verano no significaba trabajar en los campos de tabaco. A partir de 1964, con el informe del cirujano general, se presentaron las pruebas de la relación entre fumar cigarrillos y el cáncer de pulmón. Nosotros seguimos cultivando tabaco. Nancy tenía casi diez años más que yo; éramos solo dos hermanos. Ella era mi protectora y, al mismo tiempo, mi amiga. Empezó a fumar siendo aún adolescente y nunca lo dejó. Murió de cáncer de pulmón. No es forma deseable de morir. La idea de que nosotros habíamos sido parte de este patrón económico que producía los cigarrillos causantes del cáncer fue muy... fue muy doloroso a distintos niveles. Mi padre había cultivado tabaco toda su vida; dejó de hacerlo. Cualquier explicación que pudo tener sentido en el pasado ya no lo tenía. Lo dejó. Es propio de la naturaleza humana tardar tiempo en conectar todos los puntos; eso ya lo sé. Pero también sé que llega el momento de la verdad, cuando desearías haber conectado los puntos más rápidamente”.

Este es el drama. Sabemos que el tabaco mata, pero hasta que no se nos muere una hija por cáncer de pulmón seguimos cultivando tabaco...

Esta conversión ecológica a la que se nos invita supone también una nueva espiritualidad. El Papa no deja de hablar de ello. “Tenemos que reconocer que no siempre los cristianos hemos recogido y desarrollado las riquezas que Dios ha dado a la Iglesia, donde la espiritualidad no está desconectada del propio cuerpo ni de la naturaleza o de las realidades de este mundo, sino que se vive con ellas y en ellas, en comunión con todo lo que nos rodea” (216). Necesitamos, por tanto, cultivar una espiritualidad de conexión. He aquí uno de los retos más vitales que afrontamos los cristianos y que nos supondrá, seguramente, cambiar nuestra manera de orar y de celebrar. Seamos audaces en esto; si nuestras maneras de rezar y celebrar la fe no nos ayudan a sentirnos conectados con nuestro propio cuerpo, con todos los seres humanos, con todas las criaturas y con la naturaleza, cambiemos esas maneras y busquemos otras que sí nos ayuden.

Convertir el comportamiento

Es necesario llegar a cambiar el comportamiento. “La conciencia de la gravedad de la crisis cultural y ecológica necesita traducirse en nuevos hábitos” (209). Sabemos que no podemos seguir viviendo así, no podemos seguir consumiendo como consumimos, ni alimentándonos como nos alimentamos, ni moviéndonos como nos movemos. No podemos seguir degradando el medio ambiente ni contaminando como lo estamos haciendo. ¿Pero es que no nos damos cuenta? ¡No podemos seguir viviendo así! Es sorprendente que no reaccionemos. “Si alguien observara desde afuera la sociedad planetaria, se asombraría ante semejante comportamiento que a veces parece suicida” (55).

En la encíclica, Francisco no presenta una lista de recomendaciones al estilo de “cincuenta cosas prácticas que puedes hacer para cuidar el planeta”. De esas, ya hay unos cuantos libros publicados,



además de información abundante en Internet. Quizá de esta manera el Papa nos está previniendo ante la tentación de ir directamente a las recomendaciones prácticas, sin haber pasado antes por la conversión del corazón y de la mentalidad.

En cualquier caso, hay muchas sugerencias concretas, directas o sugeridas, en las páginas de la encíclica *Laudato si'*. He aquí algunas que pueden iluminarnos:

- Procurar una vida sana y un ritmo de vida equilibrado, evitando la vida acelerada y armonizando las diversas dimensiones de nuestro tiempo: trabajo, descanso, relaciones humanas de calidad, oración, servicio, ejercicio físico...
- Reducir el tiempo que dedicamos a banalidades y distracciones alienantes. Reducir nuestra dependencia de las comunicaciones electrónicas y el tiempo que dedicamos a la televisión. Y “dedicar algo de tiempo para recuperar la serena armonía con la creación, para reflexionar acerca de nuestro estilo de vida y nuestros ideales, para contemplar al Creador, que vive entre nosotros y en lo que nos rodea” (LS 225). Reservar para esto un momento regular cada día, cada semana...
- En general, simplificar nuestras vidas, nuestras agendas y compromisos, las cosas que tenemos y demandan nuestro tiempo y corazón. Volver “a la simplicidad que nos permite detenernos a valorar lo pequeño”, evitando “la mera acumulación de placeres” (222).
- Evitar los alimentos procesados, con conservantes, congelados y los que proceden de largas distancias. Preferir una dieta constituida fundamentalmente por alimentos locales y de temporada. Reducir considerablemente nuestro consumo de carne y comer más legumbres. Comprar los alimentos brutos y cocinarlos en casa.
- Tener en cuenta los envases de los productos que compramos y evitarlos al máximo. Renunciar a los plásticos de usar y tirar, empezando por las bolsas.
- Separar los residuos (vidrio, plásticos, papel y cartón, materia orgánica compostable) y reciclarlos convenientemente.

- Evitar comprar productos líquidos. Simplificar los productos de aseo y limpieza y utilizar los más naturales posibles (jabones neutros tipo Marsella, bicarbonato, vinagre de limpieza...).
 - Preferir los productos de segunda mano a los nuevos, especialmente aparatos electrónicos. Y no sustituirlos mientras sigan siendo útiles. Reutilizar, reutilizar, reutilizar...
 - Antes de poner la calefacción, abrigarnos un poco más. No calentar toda la casa si no es necesario. En verano, renunciar en lo posible al aire acondicionado y adoptar estrategias tradicionales de refrigeración de la casa (abrir ventanas por la noche y cerrar todo de día, uso de ventiladores). Invertir dinero en aislamiento de la casa y en tecnologías de bajo consumo.
 - Evitar el uso del coche, sobre todo cuando solo va una persona. Compartir vehículo. Preferir siempre el transporte público. Renunciar todo lo posible a los viajes en avión (el medio de transporte, con diferencia, más contaminante). Evitar los viajes innecesarios.
 - Si hemos de contratar una empresa de suministros (comunicaciones, energía, servicios...), tener en cuenta las que más respetan la vida y la dignidad de las personas. En particular, si aún no lo hemos hecho, cambiar ya nuestra compañía de suministro eléctrico a otra 100% renovable.
 - Abandonar los bancos convencionales y pasar nuestros ahorros y operativa a banca ética.
 - Tener en cuenta todo esto a la hora de votar a nuestros representantes políticos. Dar preferencia a aquellos programas políticos que pongan el cuidado de nuestra casa común por delante de los beneficios económicos.
 - No limitarnos a emitir nuestro voto cada cuatro años; participar, en lo posible, en la vida pública: denunciar, proponer, participar en manifestaciones, hacernos socios y apoyar a organizaciones que defienden el medio ambiente, los derechos humanos, el cuidado de la vida, la asistencia a los más necesitados...
- La mayoría de estas cosas son de sentido común y no nos resultan



novedosas. Todo esto ya lo sabemos. Y sabemos que es perfectamente posible. Hay personas, familias y comunidades que ya llevan tiempo viviendo así y su calidad de vida no solo no es menor, sino que –como ellos mismos reconocen– está siendo mayor. Más allá de los resultados que se puedan constatar, estas personas experimentan lo que el papa Francisco testimonia en la encíclica: “No hay que pensar que esos esfuerzos no van a cambiar el mundo. Esas acciones derraman un bien en la sociedad que siempre produce frutos más allá de lo que se pueda constatar, porque provocan en el seno de esta tierra un bien que siempre tiende a difundirse, a veces invisiblemente. Además, el desarrollo de estos comportamientos nos devuelve el sentimiento de la propia dignidad, nos lleva a una mayor profundidad vital, nos permite experimentar que vale la pena pasar por este mundo” (212).

Sí. Hay personas que ya han descubierto que intentar vivir de esta manera nos lleva a una mayor profundidad y satisfacción vital, nos hace ser más conscientes y libres, nos lleva a experimentar que estamos contribuyendo a otro mundo mejor posible –a la llegada del Reino de Dios–. Y, además, nos pone en contacto con otras personas que también intentan vivir así, con

HACIA UNA CONVERSIÓN ECOLÓGICA CON LAUDATO SI'

lo que esto tiene de refuerzo y de retorno positivo. La sorpresa es que muchas de esas otras personas no se confiesan cristianas. Y es que el Reino de Dios desborda las fronteras de la Iglesia, y el Espíritu Santo actúa donde quiere y como quiere. ¡Qué buena noticia!

La parte menos luminosa de esta buena noticia es que, precisamente, todavía hay muchos cristianos ajenos a todo esto. “Tenemos que reconocer que algunos cristianos comprometidos y orantes, bajo una excusa de realismo y pragmatismo, suelen burlarse de las preocupaciones por el medio ambiente. Otros son pasivos, no se deciden a cambiar sus hábitos y se vuelven incoherentes” (217). Para el papa Francisco, a estos “les hace falta entonces una *conversión ecológica*, que implica dejar brotar todas las consecuencias de su encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que los rodea. Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana” (217).

Cada vez son menos los cristianos que “suelen burlarse de las preocupaciones por el medio ambiente”. Pero siguen siendo muchos los que, siendo sensibles a estas cosas, “no se deciden a cambiar sus hábitos y se vuelven incoherentes”. He aquí la contradicción: “Hay más sensibilidad ecológica en las poblaciones, aunque no alcanza para modificar los hábitos dañinos de consumo, que no parecen ceder sino que se amplían y desarrollan” (55). Somos conscientes del problema, sabemos lo que tenemos que hacer... y nos cuesta tremendamente cambiar nuestros dañinos hábitos de consumo. Nos pasa lo que advierte el apóstol Santiago: “El que sabe cómo hacer el bien y no lo hace, ese está en pecado” (St 4, 17).

La lista anterior de posibles cambios tiene catorce puntos. Amable lector, te invito a repararlos con el corazón en la mano, preguntándote uno a uno en qué medida cada uno de esos puntos es realidad en tu vida... No sigas con la lectura ahora;

por favor, vuelve atrás y dedica un par de minutos a este ejercicio.

Confío en que este repaso “con el corazón en la mano” te haya ayudado a reparar en la necesidad de conversión ecológica. De eso se trata, de caer en la cuenta de nuestra necesidad de conversión y de ponernos en camino.

¿Por qué nos cuesta tanto?

Muchas personas preguntan por dónde empezar a “convertirse” en el cuidado de nuestra casa común. El problema no está en la falta de ideas; sabemos bien lo que tenemos que hacer. El problema es que no nos decidimos a hacerlo. Nos pasa lo que a aquel paciente a quien el médico le advirtió claramente que dejara de consumir determinado alimento pues estaba siendo perjudicial para su salud, incluso poniendo en riesgo su vida: “Entiendo lo que me dice, doctor, pero ¿cómo hago para dejar de tomarlo?”. ¿Cómo hacemos? ¡Pues empezando a hacerlo!

La pregunta, por tanto, no debería ser acerca de los “cómos”, sino acerca de los “porqués” nos cuesta tanto cambiar. ¿Por qué no reaccionamos (o lo hacemos tan lenta e insignificadamente)?

- Una primera respuesta es que no cambiamos porque este asunto no

nos importa todavía lo suficiente. Si somos sinceros, damos más importancia a otras preocupaciones que al cuidado de nuestra casa común. Teóricamente, sí nos importa, pero no nos afecta hasta el punto de hacernos cambiar de hábitos. Como el padre de Al Gore, seguimos cultivando tabaco, aun sabiendo que es dañino. ¿Vamos a esperar a que se nos muera una hija por cáncer de pulmón para dejar de hacerlo? Sabemos que no podemos seguir viviendo así. ¿Necesitamos padecer una catástrofe climática en nuestra propia casa para reaccionar?

- Una segunda respuesta tiene que ver con nuestra propia comodidad y resistencia al cambio, nuestra propia dificultad humana para dejar hábitos y cambiar costumbres. Y si además no estamos suficientemente convencidos, mayor dificultad aún. Sabemos que con nuestra forma de vivir estamos causando enormes sufrimientos a otras personas y a otras criaturas y, por una cuestión de comodidad, no cambiamos (“ya sé que estoy siendo una carga para ti, pero, compréndelo, me cuesta bajarme, estoy cómodo así...”). ¿No es esto acaso un drama? Como bien ha acertado a señalar el papa Francisco, “la cultura del bienestar nos anestesia” (EG 54).

Por otra parte, tenemos nuestras vidas ya estructuradas, con poco margen de maniobra para introducir cambios. No tenemos tiempo. Y, sin embargo, cuando la necesidad nos obliga (un problema grave de salud, la pérdida de un ser querido, un revés

profesional o afectivo...), nos damos cuenta de que nuestra vida cambia necesariamente hasta límites que no podíamos imaginar.

A veces necesitamos un mes de hospital, que nos obliga a parar, para darnos cuenta de que el ritmo de vida que llevábamos no era tan inmutable como creíamos.

- Una tercera respuesta es la que se refiere a la economía, al precio. En la práctica, en nuestras compras seguimos dando prioridad al criterio del precio sobre el del cuidado de la vida. ¡Cómo sigue pesando en nuestra mentalidad esa “lógica subyacente”! Como veíamos más arriba, cuando, pudiendo comprar un producto elaborado con criterios de justicia y



sostenibilidad, preferimos otro más barato por cuestión de precio, ¿no estamos poniendo primero el criterio económico en lugar del cuidado de la vida? En esto, *habrá que interpelar* “a los creyentes a ser coherentes con su propia fe y a no contradecirla con sus acciones, habrá que reclamarles que vuelvan a abrirse a la gracia de Dios y a beber en lo más hondo de sus propias convicciones sobre el amor, la justicia y la paz” (200).

“Lo que está ocurriendo nos pone ante la urgencia de avanzar en una valiente revolución cultural” (114). Sí, es un cambio cultural: dejar de poner en el centro el beneficio económico de nuestro bolsillo y poner decididamente el cuidado de la vida. Es un cambio de mentalidad tan radical que seguramente no podemos hacerlo de golpe, pero sí empezar con determinación en todo lo que podamos y hasta donde podamos.

Y, al hacerlo así, nos daremos cuenta de que renunciar al criterio preferente del precio nos hace vivir de otra manera, porque conlleva una vida más sencilla y, por consiguiente, de menor coste económico. Reducir el consumo de carne y de pescado, renunciar al coche, prescindir de la televisión, no cambiar de aparatos electrónicos mientras sigan funcionando, comprar productos de segunda mano, no hacer viajes innecesarios, compartir gastos en un grupo de consumo, llevar una vida sana y sencilla... ¡Todo esto es más barato! Vivir de esta manera es, globalmente, más barato, aunque en algunos productos nos gastemos más dinero. Vivir así no solo no es más caro, sino que es más satisfactorio. Quien lo prueba lo comprueba.

■ Y aún podríamos apuntar una cuarta razón de por qué nos cuesta tanto cambiar: el miedo. Miedo que es falta de confianza. ¿De dónde proceden tantos prejuicios que nos paralizan? ¿De dónde vienen tantas desconfianzas a lo nuevo, a lo alternativo, a lo *altermundista* (ese “otro mundo mejor es posible”)? En muchos casos, en el fondo, más allá de la dificultad para vencer la comodidad y para superar nuestros prejuicios, encontramos miedo a lo desconocido, a salir de nuestra zona de confort y seguridad. Aunque no siempre lo reconozcamos, actuamos por miedo. Y, sin embargo, ¡cuántos

cientos de veces se repite en la Biblia la expresión “no temas”, “no temáis”, “no tengáis miedo”! ¡No tengamos miedo a lo nuevo! El miedo siempre será mal compañero de camino. El miedo es lo opuesto a la confianza, una actitud típica de las personas espirituales, que saben que la fe, más que una cuestión de creencias, es una cuestión de confianza. “Tenemos que convencernos de que desacelerar un determinado ritmo de producción y de consumo puede dar lugar a otro modo de progreso y desarrollo” (191). ¡Que no nos quiten la alegría de la confianza! La confianza en que otro modo de progreso y desarrollo es posible. La confianza en que cambiar nuestra manera de pensar y de actuar nos abre a maneras de vivir más plenificantes para todos.

Insuficiente sensibilidad, resistencia a vencer nuestra comodidad y alterar nuestro ritmo de vida, primacía del beneficio económico y miedo, que es falta de confianza. Si he querido señalar estos motivos no es para ruborizar a nadie y menos para culpabilizar (más allá de lo imprescindible), sino para ayudarnos a diagnosticar resistencias para así poder identificar mejor el camino a seguir para superarlas, siguiendo la pedagogía que ya expresó san Juan Pablo II: “He creído oportuno señalar este tipo de análisis, ante todo para mostrar cuál es la *naturaleza real* del mal al que nos enfrentamos en la cuestión del desarrollo de los pueblos; es un *mal moral*, fruto de *muchos pecados* que llevan a ‘estructuras de pecado’. Diagnosticar el mal de esta manera es también identificar adecuadamente, a nivel de conducta humana, el *camino a seguir* para superarlo (SRS 37).

Conversión comunitaria

Diagnosticar estas causas es un primer paso necesario para ponernos en camino de conversión. Pero a continuación viene el propio camino. ¿Cómo ayudarnos a aumentar nuestra sensibilidad y compasión, a vencer nuestra comodidad y cambiar nuestro ritmo de vida, a superar nuestra vieja mentalidad y a abrirnos con confianza a lo nuevo?

La respuesta no es muy difícil, pues es la misma que podemos encontrar en otros ámbitos. Supongamos, por ejemplo, que unos jóvenes padres



consultan a la maestra de su hijo cómo tomarse más en serio su educación. Esta les diría algo así como: “Dedicad tiempo a vuestro hijo, leed libros y artículos sobre la materia y apuntaos a una escuela de padres”. En este, como en otros muchos ámbitos, la respuesta no es

HACIA UNA CONVERSIÓN ECOLÓGICA CON LAUDATO SI'

muy diferente: dediquemos tiempo a informarnos y a poner en práctica nuevos hábitos de comportamiento, empezando por lo más fácil y lo que más nos motive (si empezamos por algo difícil, no lo lograremos y nos desmotivaremos). Y juntemonos con otras personas inquietas en lo mismo para motivarnos y apoyarnos mutuamente. "No basta que cada uno sea mejor para resolver una situación tan compleja como la que afronta el mundo actual. Los individuos aislados pueden perder su capacidad y su libertad para superar la lógica de la razón instrumental y terminan a merced de un consumismo sin ética y sin sentido social y ambiental. A problemas sociales se responde con redes comunitarias, no con la mera suma de bienes individuales: 'Las exigencias de esta tarea van a ser tan enormes, que no hay forma de satisfacerlas con las posibilidades de la iniciativa individual y de la unión de particulares formados en el individualismo. Se requerirán una reunión de fuerzas y una unidad de realización' (Romano Guardini, *El ocaso de la Edad Moderna*, 93). La conversión ecológica que se requiere para crear un dinamismo de cambio duradero es también una conversión comunitaria (219).

Ya existen movimientos colectivos que llevan tiempo poniendo en práctica la conversión ecológica (aunque no lo llamen así). Grupos ecologistas, decrecentistas y en Transición, por nombrar solo algunos. Podemos unirnos a ellos, aprender mucho de su experiencia y aportar la nuestra.

Los cristianos somos expertos en dinámicas comunitarias. En el seno de la Iglesia siempre han florecido comunidades de todo tipo. Sin embargo, hay que reconocer que en este ámbito de la conversión ecológica apenas encontramos experiencias comunitarias cristianas, y las que hay no siempre las tenemos cerca. ¡Y es tan necesario apoyarnos unos a otros! "Animaos los unos a los otros día tras día mientras dure este hoy, para que ninguno de vosotros se endurezca engañado por el pecado" (Hb 3, 13).

En nuestras comunidades encontramos apoyo y orientación en muchos ámbitos de la vida: la espiritualidad, la celebración, la revisión de vida, la formación... Sin embargo, en este nuevo terreno de la conversión ecológica las comunidades cristianas apenas están empezando a despertar. ¿Qué hacemos mientras tanto? Por supuesto, contribuir en lo posible a que sigan despertando. Y también, sin abandonar nuestras comunidades, promover la creación de otros grupos para ayudarnos a dar pasos en nuestra conversión ecológica. Grupos de apoyo mutuo donde nos motivemos unos a otros, nos formemos y nos ayudemos en cuestiones prácticas.

Si de verdad queremos dar respuesta a esta llamada a la conversión ecológica, ¡juntemonos! Busquemos a otras personas que también están inquietas por lo mismo. No hace falta ser muchos; tres o cuatro personas son suficientes para empezar. Comencemos por reunirnos periódicamente, compartiendo inquietudes, información y estrategias



de cambio (¡hasta recetas de cocina!). Pequeños grupos de apoyo mutuo donde también busquemos juntos maneras de orar y celebrar este camino, pues tan importante como el cambio exterior es el cambio interior, el cultivo de una nueva espiritualidad de comunión con todo lo que nos rodea. No importa si al principio somos pocos; donde dos o tres personas están reunidas en el nombre del Señor Jesús para convertir sus estilos de vidas, allí están Él y el Espíritu Santo. El siguiente paso será contactar con otros grupos parecidos para enredarnos y apoyarnos unos grupos a otros.

El papa Francisco nos recuerda la necesidad de una conversión integral que tenga en cuenta la urgencia del deterioro social y medioambiental que estamos causando con nuestro insensato modelo de producción y consumo. Se trata de un cambio profundo de mentalidad y de espiritualidad. Sabemos lo que tenemos que hacer, pero encontramos resistencias que nos lo ponen difícil. ¿Cómo ponernos en camino? Juntos. ¿Quién se apunta? ●

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 114,50 € / UE: 171,60 € / OTROS PAÍSES: 165 € / 47 NÚMEROS AL AÑO
Tel: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vidanueva.es

Nombre y Apellidos:
 Dirección: C.P.:
 Población: Provincia: País:
 CIF/NIF (DNI): E-mail: Tel:

FORMA DE PAGO

Adjunto cheque bancario a nombre de PPC, S.A.



C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino, 28560 Boadilla del Monte (Madrid)
 Tel.: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / Correo electrónico: ppcedit@ppc-editorial.com

Le informamos que sus datos serán incorporados con fines mercantiles al fichero de Clientes del que es responsable PPC, Editorial y Distribuidora, S. A. C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino 28560 Boadilla del Monte, Madrid. Los datos que nos facilite podrán ser cedidos con fines comerciales incluida publicidad por medios electrónicos, a las empresas de nuestro Grupo que constan en la siguiente URL: <http://www.grupom.com>, si usted no desea, por favor, comuníquenoslo.

Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	DC	NÚMERO DE OFICINA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta:

Banco o Caja:

Fecha: Firma:



UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

CAMPUS EN SALAMANCA Y MADRID



FORMACIÓN
DE EXCELENCIA
A TU MEDIDA

CAMPUS SALAMANCA

GRADOS Administración y Dirección de Empresas Tecnológicas • Ciencias de la Actividad Física y del Deporte • Comunicación Audiovisual • Educación Social • Enfermería • Ingeniería Informática • Logopedia • Maestro en Educación Infantil • Maestro en Educación Primaria • Marketing y Comunicación • Pedagogía • Periodismo • Psicología • Publicidad y Relaciones Públicas

LICENCIATURAS Derecho Canónico • Filosofía • Teología

CAMPUS MADRID

GRADOS Enfermería • Fisioterapia

LICENCIATURAS Teología

SERVICIO DE INFORMACIÓN AL ESTUDIANTE (SIE)
C/ Compañía, 5. 37002 Salamanca
Tel. +34 923 277 150 • sie@upsa.es



DESCÁRGATE LA APP
DE LA UPSA



 @upsa_salamanca
www.upsa.es